

lefebvre: una

contradicción

(1) contradictoria

iglesia al día

El texto principal de la página, que está invertido y difícilmente legible, parece ser un artículo o ensayo que discute temas relacionados con la iglesia y la actualidad. El título principal "iglesia al día" sugiere un análisis contemporáneo de la institución eclesial.

El texto secundario, también invertido, continúa el análisis o proporciona contexto adicional sobre el tema central del artículo.

*** lefebvre: una contradicción contradictoria**

Lefebvre: una contradicción contradictoria (*)

El "dossier Lefebvre" se ha convertido en una montaña de papel. La parte del león se la lleva en este último tiempo la prensa francesa. El modo como se conduce allí esta "guerra de religión" confirma que se está en lo cierto cuando se afirma que el medio en que hay que situar este debate no está en el cantón suizo de Walli. Hace ya año y medio uno natural de Walli llamaba en esta revista al seminario de Ecône el "huevo de cuco del obispado de Sitten" (*Orientierung* 1975/4, p. 38). Los políticos del lugar, que ayudaron cuando se empollaba, hace tiempo que fueron sustituidos por otros incubadores, con mayor influjo público, procedentes de la "Grande Nation", y mientras que ni la policía cantonal ni la confederal para extranjeros han olfateado allí hasta ahora ningún foco de inquietud, el jefe de Estado francés, Giscard d'Estaing, ha considerado necesario llamar a su embajador en el Vaticano para darle a conocer (o por medio de él al Vaticano) su preocupación por "todo lo que pudiera dividir a la Iglesia en Francia". Jean Madré, obispo de Bayeux, encargado del servicio de prensa del episcopado francés, se declaró "un poquito admirado", "un poquito extrañado", "en todo caso ciertamente admirado", incluso "muy admirado" por la falta de reserva del jefe de Estado. Con ello este incidente se da por terminado. Pero al cardenal Marty, arzobispo de París, un hombre a quien no se le atribuye que pierda los nervios, todas las quejas, censuras y exigencias contra la iglesia francesa y su episcopado, publicadas estas últimas semanas, le parecen sencillamente "demasiado": demasiadas contradicciones, demasiadas presunciones.

La conferencia de prensa en Ecône

Esta es también la impresión que yo mismo he sacado de una reciente visita a Ecône, aunque hay que decir que el modo sereno de manifestarse el viejo monseñor de entrada resultaba atractivo. De hecho Lefebvre nunca alzó la voz en demasía; su voz no suena como la de un apasionado sino como la de un hombre que repite una y otra

(*) Este artículo ha sido publicado en la revista suiza "*Orientierung*", n. 18, 30 de septiembre de 1976, pp. 191-195. Le agradecemos el permiso para su reproducción. *N. de la R.*

vez a sus conocidos lo que a él le parece ser lo más digno de aprobación y lo más evidente del mundo. Pero no hay que omitir que al oír su predicación recogida en cinta magnetofónica (el 29 de junio en Ecône, el 4 de julio en Ginebra y el 29 de agosto en Lille) se encuentra en ella un tono mucho más acuciante, con más movimiento retórico y más provocativo. Pero incluso cuando suenan en ella reproches y quejas, esta voz nunca se descompone, y hay que escuchar lo que dice para percibir lo que hay de "horrible" tras la suave modulación de lo que a veces sólo apunta de paso.

El marco del encuentro fue un aula. Lefebvre mantiene —bajo algunas medidas precautorias (mostrar el pase, inscribir los nombres)— algo así como "puertas abiertas"; el 15 de septiembre, cuatro días después de su audiencia con el Papa en Castel Gandolfo, recibió desde las 9 a la radio y televisión, y a las 11 a la prensa. Contó los particulares desacostumbrados pero sin importancia del modo como tuvo lugar esta audiencia. Después se le pudieron hacer preguntas y se recibieron —hay que reconocerlo— respuestas claras. Precisamente porque se desarrollaron en este ambiente de sobriedad, se puede ponderar mejor lo que dijo. La mayor parte de las preguntas partían de manifestaciones anteriores de Lefebvre, en parte retóricas, con la intención de constatar hasta qué punto se mantenía en sus posiciones o bien si estaba dispuesto a hacer correcciones o "retractaciones"; la intención era también presentar objeciones para ver qué respondía Lefebvre.

Más antigua que la "antigua" misa

Un primer grupo de preguntas se refirió a la misa, más concretamente, por una parte a la misa u "ordo" de Pío V, que Lefebvre llama "la misa de siempre", y por otra parte a la misa del concilio o de Pablo VI, que él ha designado (en Lille) como "misa bastarda". Se le hicieron notar a Lefebvre dos cosas. Primera, que el esquema de reforma litúrgica fue aprobado por la comisión central preparatoria del concilio, uno de cuyos miembros era Lefebvre. Este ha afirmado en sus conferencias de febrero de este año en Suiza que el concilio rechazó todos los esquemas preparatorios y que en este rechazo es donde hay que poner la sublevación, la conjura y la defecación del concilio. Ahora, en la conferencia de prensa, respondió Lefebvre que él había deseado que se introdujeran modificaciones en el esquema de la liturgia, pero que habría aprobado algunas reformas, por ejemplo, que la primera parte de la misma como celebración de la Palabra fuera en lengua vulgar. Lo que él no puede aceptar es la traducción del *canon* a lengua vulgar, porque las traducciones llevarían consigo "errores".

Puesto que insistía en el canon, se le objetó una segunda cosa: el canon según el "ordo" de Pío V no es el canon de siempre; de las "nuevas" preces eucarísticas la segunda corresponde a la "anáfora" de Hipólito (alrededor del a. 215), la cuarta a la "anáfora" de Basilio del s. IV, y éstas a su vez se remontan a documentos más antiguos.

Lefebvre respondió que no se trata de lo que sea anterior o posterior, más antiguo o más reciente; que la nueva liturgia es "protestante", como se confirma porque los protestantes piensan que pueden concelebrar con ella. Lefebvre, que por lo demás, como veremos, se remite a "textos", eludió aquí toda prueba de textos.

En realidad la reforma litúrgica se ha alimentado sobre todo de la tradición *oriental*. Así lo prueban los dos ejemplos aducidos, de los cuales el primero (el de Hipólito) entró en las iglesias orientales con el nombre de "liturgia de Santiago" y fue considerada como la liturgia de la comunidad primitiva de Jerusalén y por ello se la designó con el nombre del "hermano del Señor".

Por lo demás no hace falta que nos detengamos más en el tema de la misa. Ha sido tratado exhaustivamente en el artículo de Albert Ebner, *¿Tiene que dividir a la Iglesia la lucha por la misa?*, que hemos publicado en el n. 4 de *Orientierung* (1976) p. 40-44. No hay que añadir nada a él, sobre todo si se lee sobre el transfondo de la aportación de Robert Hotz, *Die Altgläubigen* ("Los antiguos creyentes"), que trata de la historia del cisma en la iglesia rusa.

Pero hay que hacer notar que Lefebvre en la conferencia de prensa no dirigió sus críticas de ninguna manera contra las "excrecencias posconciliares". Por el contrario, salió al paso expresamente de la idea que las faltas y errores se pueden achacar al "posconcilio" y que de este modo se puede quedar con el concilio. Todas las reformas, decía, han sido hechas y aprobadas "en nombre del concilio" por sus intérpretes competentes y supremos.

Una Tradición sacada de libros de texto

Quedó también claro que lo que le importa a Lefebvre no es el "latín" ni sus queridas formas del rito anterior sino única y exclusivamente la doctrina, la doctrina de la fe. Por eso menciona el "catecismo" al mismo tiempo que la misa y los sacramentos, y exhorta a la gente (como lo hizo en Lille) a ponerse frente a los obispos actuales, es decir, frente al Magisterio vivo, con "su" catecismo en la mano. (Lefebvre escamoteó a sus oyentes unas verdades obvias: que en otro tiempo había catecismos muy diversos, que por ejemplo la Ilustración influyó en ellos, etc., y que sólo aparecían bajo la responsabilidad del respectivo obispo).

Cuando se le preguntó qué entendía por "Tradición", la definió sin dudar: "*Lo que ha enseñado el Magisterio infalible*". Este es un concepto chocantemente estrecho de "Tradición". Es estrecho sobre todo si se toma en serio, en sentido teológico, la palabra "infalible" y se la entiende adverbialmente (en el sentido de la doctrina propuesta "infaliblemente"), como hacen los libros clásicos, a los cuales se remite Lefebvre, los libros por los que se estudiaba en sus tiempos de seminario.

Pero he aquí que estos libros se han convertido en regla de su fe:

"Yo me apoyo en la verdad de siempre, en los libros que tengo aquí en mi biblioteca y que han enseñado la doctrina de la Iglesia como ha sido siempre. Se me pide que niegue lo que se me enseñó en el seminario y lo que durante cincuenta años de acción sacerdotal y episcopal he llevado a la praxis".

En estas frases hay que subrayar los dos "se". Lefebvre habla aquí como cualquiera que, por ejemplo en lo militar, echa por delante a "los de arriba" como una autoridad anónima, que él no conoce, como si se le hubiese dado primero un orden y después una contraorden. Esto está de acuerdo con su insistencia (ante el Papa y ante los periodistas) en que él no es el "jefe" de los tradicionalistas sino "uno más de los

millares de católicos que ya no se reconocen, que se sienten desgarrados y que buscan con su mirada algo firme". En contra de esta incorporación, aparentemente humilde, a un número tan grande de creyentes, está esta doble confesión: primero, que él no sabe si los que le siguen son muchos; segundo, que esto le es "completamente indiferente": aunque se quede "completamente solo" con la verdad, "moriría en paz".

¿Qué ha pasado?

¿"Completamente solo"? Uno de los que preguntaban inquirió cómo Lefebvre, que en otras manifestaciones se tiene por hombre de la autoridad, ha llegado a un individualismo tan extremo: "En el concilio estaba Vd. en unión con 2.000 ó 2.300 obispos, y ahora está Vd. solo o casi solo, separado; ¿qué ha pasado?"

La respuesta sonó primero a muy insegura. Lefebvre declaró que él efectivamente había firmado todos los documentos del concilio a excepción de la Declaración sobre la libertad religiosa y la Constitución pastoral "Gaudium et Spes". Repitió después la pregunta que otras veces se le había hecho: ¿Cómo sucede que Vd. entonces firmó y ahora está en contra? La respuesta fue esta:

"Me encontraba —como otros muchos obispos— un poco bajo presión moral. Vimos cómo el Papa firmaba. Y aunque estábamos algo perplejos por el cambio, no creíamos, cuando firmamos, que se iría tan lejos. Por mi parte, cuando vi firmar al Papa, me pregunté si debía colocarme fuera de este todo que parecía dar su asentimiento. De este modo muchos obispos, bajo esta presión moral, firmaron un poco a regañadientes ("contre coeur"), aunque no estaban de acuerdo con todo y habían presentado sus reservas, de las cuales muchas no fueron aceptadas. Sin embargo firmaron. Pero ante la Declaración sobre la libertad religiosa y ante la "Gaudium et Spes" mi convicción de conciencia me decía que no podía firmar algo así.

¿Cómo estoy solo? No lo sé. Es un misterio. Pero yo diría: la verdad puede estar sola. No es el número el que hace la verdad. Por tanto ¿quién juzga? Yo no juzgo; los textos son los que juzgan. Podría traerlos al Papa. Yo quería, sí quería, ser juzgado por el Santo Oficio, por la Congregación de la fe. Le he pedido al Santo Padre: "Póngame ante el tribunal de la Congregación de la fe; haré el proceso al concilio. Haré el proceso al concilio con un abogado, con varios abogados. Permítame que me acompañen dos o tres teólogos; juntos haremos el proceso al concilio. Pero no lo harán".

Un "proceso" hecho hace tiempo

Esta "respuesta" debería ser analizada por un psicólogo. En el centro hay que poner la palabra "misterio", que llena el vacío de explicación. Después vienen en ayuda del que misteriosamente se ha quedado solo esos "textos" aducidos (piensa en las anteriores declaraciones

doctrinales de los Papas, lo mismo que más arriba había aducido los libros de texto). Por fin, a esa encarecida disposición a someterse a un tribunal de la fe, le da la vuelta con esta declaración: "Voy a hacer el proceso al concilio". Al llegar a esto sólo se puede decir: Por favor, ¿cómo? ¿Quién va a hacer el proceso a quién y ante quién? Este proceso se hizo hace tiempo; el mismo concilio fue el foro ante el que se desarrolló; el obispo Lefebvre pudo hablar allí con toda libertad, como los demás obispos. El concilio junto con el Papa es la suprema instancia de la Iglesia. Querer someterlo a la Congregación de la fe es poner cabeza abajo la jerarquía.

Recuérdese un panfleto que se repartió en el aula conciliar. Según él el pleno del concilio estaba sometido a la Comisión teológica del mismo concilio y ésta a su vez al Santo Oficio. No era difícil saber que el círculo del que procedía el panfleto estaba en relación con los que después formaron el "*Coetus internationalis patrum*". Lefebvre mismo no oculta que él jugó un papel activo en este círculo, por ejemplo, que reunió las 450 firmas para la condenación expresa del comunismo. Su acompañante y teólogo privado, V. A. BERTO, era además secretario del "Coetus". En éste se formó la famosa "minoría", de la cual todo el mundo sabía que estaba formada por un fuerte grupo de la Curia vaticana y por un número de representantes de los llamados "países católicos" (Italia, España, Latinoamérica). A nadie que haya seguido el concilio se le podía pasar por alto que este grupo intentó por todos los medios no sólo hacerse oír y presentar sus argumentos en contra, sino también cambiar el parecer del Papa; pero nadie puede tampoco olvidar que el Papa se esforzó por tener en cuenta a esta minoría. A este fin llegó a intervenir de modo extraordinario en el curso del concilio. Piénsese en la "Nota previa" al cap. 3 de la Constitución sobre la Iglesia (colegialidad de los obispos) y en las modificaciones introducidas en el último minuto al Decreto sobre ecumenismo.

Si hubo una cuestión en la que el "proceso" se hiciera a fondo en el concilio, fue en todo lo que se refiere a la *Declaración sobre la libertad religiosa*, de la que Lefebvre dice que —lo mismo que la Constitución pastoral "*Gaudium et Spes*"— él no la firmó. El argumento que presentó en contra se escuchó repetidas veces en el concilio, y cuando próximamente, como está anunciado, se publiquen en la edición de S. Gabriel (Martigny) los "votos" que Lefebvre propuso en el concilio, se verá que hoy no aporta él ningún "descubrimiento" o punto de vista nuevo sino que sólo repite lo que ya entonces fue conocido como objeción: que la Declaración sobre la libertad religiosa *contradecía a las afirmaciones de los Papas anteriores*. Concretamente menciona Lefebvre a Gregorio XVI (1931-1846) y Pío IX (1846-1878). Se aferra a esta oposición: en este punto, dice una y otra vez, hay que elegir; una cosa u otra, o la tradición doctrinal de estos Papas o la innovación del concilio.

Antes y hoy: ¿una alternativa ineludible?

Ocupémonos más detenidamente de esta alternativa. Lo que dice Lefebvre de la libertad religiosa es típico de toda su armazón espiritual: saca a relucir las autoridades del pasado contra la autoridad hoy, y de este modo aduce una "elección ineludible" entre la Iglesia "ca-

tólica", como él la entiende, y la Iglesia conciliar. En una carta a un amigo y bienhechor suyo, fechada en Ecône el 29 de julio y difundida en alemán por la agencia "CH-Saka" ("Algunas reflexiones sobre la suspensión a divinis"), se dice:

"El derecho a la libertad religiosa es una ofensa contra Dios, porque pone a Dios por debajo de unas intenciones que socavan su majestad, su honor y su dignidad de Rey. Este derecho lleva consigo la libertad de conciencia, la libertad de pensamiento y todas las libertades masónicas (1).

Una Iglesia que defienda tales errores es a un tiempo cismática y herética. Esta Iglesia conciliar, por tanto, no es católica. En la medida en que el Papa, los obispos, sacerdotes o fieles se adhieren a esta Iglesia, se separan de la Iglesia católica..."

Con esto parece que nos encontramos realmente ante el punto decisivo para Lefebvre. ¿Qué es lo que hay que pensar de esta alternativa, "por una parte la libertad religiosa del concilio, por otra la doctrina de los Papas anteriores"?

1) Hay que conceder que para aquél que considera ante todo la *continuidad* de la Iglesia como un valor, se da aquí una *dificultad*. Esta dificultad fue vista claramente en el concilio. Se ocuparon de ella, como se puede ver en cualquier comentario que profundice en la historia del decreto (2) e incluso por la simple lectura atenta del mismo. Al final del prólogo (n. 1), que fue compuesto para tener en cuenta las objeciones, se lee

por una parte: qué es lo que de la doctrina tradicional permanece *intacto*,

por otra parte: en qué *se desarrolla más* esta doctrina.

Permanece intacta la "obligación moral de los hombres y de las sociedades ante la verdadera religión y ante la única Iglesia de Cristo"; desarrolla más la doctrina de los "Papas recientes" sobre los derechos intangibles de la persona humana, así como también su doctrina sobre el orden jurídico de la sociedad.

Dicho claramente, significa que ya antes del concilio hubo *desarrollo doctrinal*, sobre el trasfondo de una amplia praxis y experiencia, y precisamente por lo que toca a los presupuestos y al ámbito de la doctrina proclamada por el concilio.

Todavía habría que preguntarse si los círculos de los que procedía Lefebvre tenían conocimiento particularmente de las *encíclicas sociales* de los Papas, de las que aquí se habla, con el contenido doctrinal aquí apuntado (la dignidad de la persona). Basta recordar algunos ejemplos que se cuentan precisamente de la patria de Lefebvre (norte de Francia, Lille), donde los empresarios amenazaron y reprimieron fuertemente la predicación y la publicación de las encíclicas "Rerum novarum" y "Quadragesimo anno".

Las nuevas experiencias condicionan los nuevos planteamientos

2) Sólo se podría hablar de una verdadera contradicción si los *planteamientos* y el *contexto histórico* de que proceden fueran los mismos. Los textos aducidos por Lefebvre se dirigían en bloque contra el

“liberalismo” y en particular contra el “indeferentismo” respecto a todas las religiones. Su contexto era el de una época de lucha y revolución, marcada por una parte por un fuerte anticlericalismo y por otra por la mezcla de la autoridad papal con el poder político (Estados Pontificios). Los textos que le sirven a Lefebvre de “testigo principal” proceden de la encíclica “Mirari vos” de 1832 y del “Syllabus” de 1864.

Para el Vaticano II lo que está en primera línea es la “conciencia” de la “dignidad de la persona humana” (“Dignitatis humanae personae”, dicen las conocidas palabras del comienzo), que se ha formado “en los hombres de nuestro tiempo”, y también la exigencia de una “limitación jurídica del poder público”. Detrás de esto está la *experiencia que se ha tenido con las formas totalitarias de Estado*. En la conferencia de prensa se llamó la atención sobre este punto. Pero Lefebvre no quiso admitir que tal experiencia (comunismo, nazismo) pudiera cambiar decisivamente el planteamiento; cree que los principios teológicos de las *relaciones de Iglesia y Estado* están fijos de una vez por todas, como había enseñado en otro tiempo en un libro sobre el derecho público de la Iglesia, publicado por la Pontificia Universidad Gregoriana.

3) Siguiendo el sentido que Lefebvre da de “Tradición = Magisterio infalible”, habría que preguntar si alguna vez se ha enseñado o podría enseñarse algo “infaliblemente” sobre relaciones entre Iglesia y Estado. ¿No es éste precisamente un caso que salta a la vista de una cuestión que está esencialmente conectada con circunstancias históricas y que es *necesariamente* cambiante? Si se echa una mirada a las declaraciones papales que están implicadas con el orden feudal de la Edad Media ¿no dan testimonio por sí solas de su condicionamiento y transitoriedad históricos? Si se aducen frases condenatorias concretas, hay que preguntar qué es lo que propiamente prohíben (por ejemplo, una difusión de la libertad de conciencia que vaya vinculada al “indiferentismo”); sus enunciados positivos, por el contrario, se quedan frecuentemente en una gran imprecisión.

Continuidad y discontinuidad en la Historia de la Salvación

4) Según el evangelio para la Iglesia no puede haber sólo continuidad. De lo contrario ¿qué ocasión queda para la “penitencia”, que según los textos iluminadores del N. T. significa lo mismo “conversión” que “cambio de mentalidad”? ¿Dónde quedarían los nuevos comienzos y los nuevos impulsos de los que vive la Historia de la Salvación de la Antigua Alianza (los profetas, Ciro, etc.) (3) y a los que también está referido el Pueblo de Dios de la Nueva Alianza (fundación de Ordenes, reformas de la Iglesia)? Quizás haya que reprochar al concilio que por respeto a esa minoría no señalara y explicitara con suficiente claridad la *discontinuidad necesaria*. Sin embargo se rechazó el intento de armonizar los nuevos enunciados de la libertad religiosa con las condenaciones papales anteriores, en el sentido de una continuidad engañosa. El texto de la Declaración vuelve sobre la cuestión en el n. 12. Allí se habla por una parte de la *fidelidad* de la Iglesia a la verdad del evangelio, en cuanto que ve el principio de la libertad religiosa como “conforme a la dignidad humana y a la revelación de Dios” y en cuanto que ella ha conservado y propagado la doctrina. Por otra parte se dice después:

“en la vida del Pueblo de Dios, peregrino a través de las vicisitudes de la historia humana, ha habido a veces un comportamiento menos conforme al espíritu del evangelio, e incluso contrario a él”.

Por más que esta frase esté formulada de un modo genérico y dubitativo, casi quitando importancia, no se puede pasar por alto esta confesión de una *praxis* equivocada, la cual hay que entenderla en sentido *institucional*. Cuando se sigue leyendo, se percibe esto con mayor claridad (aunque no se menciona a la Inquisición ni se hace referencia a las torturas). Se dice que la “*doctrina*” de la Iglesia (opuesta a esta *praxis*), a pesar de todo, ha permanecido a través de los tiempos, a saber, que “no se puede forzar a nadie a la fe”.

5) Quien —sobre el trasfondo de la llamada evangélica a la penitencia y a una acuciante tarea de reforma— ve en la *discontinuidad* ante todo un valor, la acentuará también en el concilio y precisamente en lo que se refiere a la libertad religiosa. No han faltado autores que acentúen las correcciones y rechacen conscientemente la prueba de la continuidad en esta cuestión, y es completamente consecuente contar con la falibilidad del llamado magisterio “auténtico”. Se pueden leer las citas en las reflexiones teológicas de JOSEPH BRUHIN sobre las relaciones de Iglesia y Estado (4). No hay que negar que, al hilo de los sucesos, también hubo reportajes sobre el concilio que, queriendo mostrar que algo “pasaba”, destacaron unilateralmente la discontinuidad. No hay que admirarse de que tales “testigos” del concilio hoy sean aducidos por los defensores de la continuidad como “testigos de cargo”.

6) Quien destaque la discontinuidad de la forma extrema que lo hace Lefebvre, si de aquí concluye la defección, tiene al menos que aportar la prueba. Pero es contradictorio que Lefebvre por una parte rechace que la Iglesia pueda llegar a desviaciones y errores y que consiguientemente haya tenido que “convertirse” en el sentido del concilio, y que por otra parte, dándole la vuelta a la cuestión, eche en cara precisamente a esta Iglesia del concilio la defección y que le demande ahora en su totalidad una conversión a su postura preconiliar.

7) Tras la alternativa de Lefebvre están unos “espectros”. En primer lugar, la Revolución francesa y los *liberales católicos* del siglo XIX (5). Hasta tal punto le domina este espectro que lo pone como una retícula sobre el concilio. Las tres consignas, “libertad, igualdad y fraternidad”, las encuentra en la libertad religiosa, en la colegialidad de los obispos y en el ecumenismo del concilio. No sólo arrastra consigo estos “espectros” sino que los cultiva en sus oyentes con una “historia de conjuras” realmente fantástica. Según ella los *masones*, ya en la primera mitad del siglo pasado (1844), habrían trazado un “programa de destrucción de la Iglesia perfectamente elaborado”; el concilio habría realizado este programa, basándose en una “preparación secreta” de los cardenales de ambas orillas del Rin (¡desde Lión hasta Viena!). Este “pacto del Rin” se habría introducido subrepticamente en el concilio como “alianza europea” o lo habría conquistado con “un golpe de fuerza”. A toda esta historia fantástica, que Lefebvre ha expuesto sobre todo en sus conferencias de Suiza (febrero de 1976 en Zurich, Basilea, St. Gallen y Lucerna) y que ha sido difundida por escrito hasta

la saciedad por el órgano de la emisora "Vox Fidei" ("Stimme des Glaubens", marzo de 1976), en nuestro contexto sólo tenemos que decir una cosa: precisamente en lo que toca a la libertad religiosa se equivoca ya en lo puramente geográfico. Porque las fuerzas comprometidas en ello, e incluso sacrificadas, no procedían de Europa sino de América. Bastaría evocar los nombres del cardenal Ritter (Saint Louis) y del P. J. C. Murray, S. J.

Lo que Lefebvre ha dicho en estas conferencias sobre el concilio desafía toda descripción; sólo lo podría tomar en serio quien no tenga ni idea; Lefebvre explota sin pudor la ignorancia de éstos sobre los verdaderos sucesos y los procedimientos prescritos al concilio. Esto demuestra lo que hace poco decía el cardenal Garrone: "*La gente no tiene ni idea del concilio*". Por ello quizás haya que remontarse a la fuente de Lefebvre, la edición francesa de Wiltgens, *El Rin desemboca en el Tiber*. El autor del original inglés ha dado ya a conocer que Lefebvre lo reproduce falsamente.

Nuevas oportunidades para el impulso fundamental del concilio

Ante todo hay que preguntar si no ha llegado ya el momento —en Francia se ve ya esto— de hacer de la necesidad virtud y *acercar a fieles y sacerdotes, con un nuevo impulso, el acontecimiento y el proceso del concilio*. Con la mera apelación a la obediencia no se consigue nada (6). Y sobre todo no servirá de nada retraerse medrosamente y hablar lo menos posible de aquello en lo que se ataca al concilio. Más bien lo que hay que hacer es *tomar postura por convicción ante los impulsos fundamentales, las ideas y exigencias decisivas*, y no en último lugar, aprovecharse, en los medios de comunicación social, de la situación conflictiva para dar entrada en amplios círculos a este "nuevo modo de pensar" como ayuda a la fe de hoy. Todos —obispos, sacerdotes o laicos— están llamados a enfrentarse con el desafío y a aportar la prueba de que la *Iglesia del concilio* —según la interpretación coincidente de sus dos Papas, Juan y Pablo— encarna la amplitud, lo mismo en el espacio que en el tiempo, de la verdadera *catolicidad*, la *pluralidad* en la unidad, y de que para conservar su "identidad", es decir, la *unidad* en esta pluralidad, sólo necesita del testimonio alegre de una esperanza en común y de un amor "abierto a todos" y no de espectros para señalar fronteras respecto a ellos.

* * *

La conferencia de prensa de Ecône fue interrumpida inesperadamente, cuando los interrogadores insistían, por la figura de un vigilante con sotana, que estaba allí mirando fijamente. Lefebvre dijo para terminar que sólo hacía falta una palabra del Papa, que sólo hacía falta el permiso para, "en el marco del pluralismo actual", hacer "el experimento de la Tradición". Pero este experimento consiste en declarar que esta Tradición es lo único verdadero, en excluir y condenar todas las otras. Así como Lefebvre pretende para sí la libertad de conciencia precisamente para rechazarla, así pide el pluralismo para ponerlo en la picota. A la salida del seminario de Ecône se podía uno proveer de escritos. Sólo había dos libros: *Le Liberalisme catholique* y *Le Liberalisme est un péché*. Los dos tratan del siglo pasado. El se-

gundo en particular alimentó en aquel tiempo la lucha entre los católicos franceses. Fue editado en 1884. ¿Vale la pena reavivar las viejas disputas 90 años después y captar para ello a jóvenes de todo el mundo? El opúsculo más reciente que estaba junto a estos libros se titula: *Ecône, portes ouvertes* y muestra la figura paternal y amistosa de Lefebvre manteniendo medio abierta la estrecha entrada del seminario. Pero si se abre el opúsculo, se encuentra, después de una primera parte, “¿Qué es Ecône?”, una segunda, “La crisis de la Iglesia. El enemigo está presente”. Lo diabólico llega hasta detrás de las “puertas abiertas”. Uno se pregunta: ¿abiertas para quién? ¿abiertas para qué?

NOTAS

- (1) En esta cita se puede ver, por los rasgos monárquicos que marcan la imagen de Dios de Lefebvre, que son las representaciones constantes de la *autoridad*, tanto en lo religioso como en lo político, las que determinan la enemistad de Lefebvre contra la libertad religiosa y también contra la colegialidad y corresponsabilidad, así como contra todas las formas de democratización. Pero Lefebvre procede no tanto de un “royalismo” nostálgico-romántico cuanto de la militante ideología autoritario-antidemocrática de “*l'Action Française*”. Esta aparece cada vez que, como en Lille, habla del “*Reino social de Cristo*”. En esta ocasión expresó espontáneamente una reveladora alabanza a Argentina, lo cual chocó a algún participante “apolítico” (véanse los testimonios en “*L'Express*”, París, n. 1313). Esta misma alabanza en la conferencia de prensa de Ecône la ha referido en general a un “orden” fuerte. Sobre el influjo que “*l'Action Française*” ejerció en Lefebvre en sus años de estudio en el seminario francés de Roma cf. el libro de JEAN ANZÉVUI, *Le Drame d'Ecône. Historique, analyse et documents*, Editions Valprint, S. A., Sion 1976. En las p. 13ss. trata la cuestión de hasta qué punto esta “inspiración” del seminario determinó la conducta y la actividad de Lefebvre en el concilio. Adviértase que “*l'Action Française*” fue ya condenada en secreto por el Santo Oficio bajo Pío X y públicamente bajo Pío XI. Bajo Pío XII tuvo lugar su sometimiento o reconciliación, que tuvo como consecuencia el levantamiento de la prohibición.
- (2) Cf., además de la conocida presentación de PAVAN en el *Lexicon für Theologie und Kirche* (Ergänzungsband II), la de JEROME HAMER (actual secretario de la Congregación de la fe), “Historia del texto de la Declaración”, en: *Vaticano II, La libertad religiosa*, bajo la dirección de J. HAMER e Y. CONGAR, Ed. Taurus, Madrid 1969, pp. 69-135. Aunque la dificultad no pudo ser plenamente vencida y las objeciones sólo en parte pudieron ser resueltas, nadie podrá discutir que en esta cuestión el concilio decidió “con pleno conocimiento de causa”. Recuérdese en particular el “voto” favorable del cardenal JOURNET antes de la votación final. Es una pena que este hombre, estimado también entre los tradicionalistas, ya no pueda hoy intervenir en el debate y salirle al encuentro a Lefebvre. Habría que recordar, no en último término, su gran volumen, *Exigences chrétiennes en politique*, Paris, Egloff 1944.
- (3) Parece que a Lefebvre le es completamente extraño todo el trasfondo histórico-salvífico del concilio, que ha quedado recogido en los documentos sobre la Iglesia (Pueblo de Dios) y la Revelación (acción de Dios en la historia). Es típico de Lefebvre decir siempre que el Vaticano II fue “sólo pastoral, no dogmático” y no aducir nunca las dos constituciones *dogmáticas* antes mencionadas. Igualmente es manifiesto que no ha llegado a conocer todavía, o ya no, la Declaración de la Congregación de la fe, *Mysterium Ecclesiae* (1973), sobre el condicionamiento histórico y la posibilidad de superar los enunciados dogmáticos (sobre ello cf. *Orientierung* (1973) 151s; además, las colaboraciones que se pueden encontrar bajo los epígrafes “Infallible”, “Caso Küng”. En el n. 11 (1974) el título de la portada era “Contradicciones entre los concilios”).
- (4) JOSEPH BRUHIN, *Die beiden Vatikanischen Konzile und das Staatskirchenrecht der Schweizerischen Bundesverfassung, Theologische Überlegungen zum Verhältnis von Kirche und Staat*, Freiburg/Schweiz 1975, p. 191-193; cf. ib. la bibliografía.

- (5) Hasta qué punto el "liberalismo" se ha convertido en una idea fija de Lefebvre se ve por las diversas declaraciones que atribuyen el comienzo de las condenaciones del "liberalismo protestante" ya al concilio de Trento; a Lefebvre le gusta meter juntos a "protestantes, masones y liberales". Les oye "proclamar triunfantes": "Por fin termina la era de los Estados católicos. ¡El mismo derecho para todas las religiones! La Iglesia libre en el Estado libre", la fórmula de Lamennais. Este nombre muestra que él tiene delante sobre todo a los "católicos liberales". Otras veces se queja de que la declaración de la libertad religiosa haya "discriminado" a los "Estados católicos" (conferencias de Suiza, febrero de 1976). Esto está de acuerdo con lo dicho al comienzo sobre la citada reunión del "Coetus internationalis"
- (6) Considérese el ejemplo de A. Guillet (Timor Domini n. 3, del 25 de agosto), un hombre que antes había simpatizado con Ecône. No sólo hace un llamamiento a la oración y a la reconciliación y a evitar un cisma, sino que declara: "Si queremos seguir siendo católicos, tenemos que reconocer el concilio, y hacerlo por convicción interior, confiando en la guía del Espíritu Santo: el concilio fue querido por Dios y además necesario".